

CUENTOS PARA EDUCAR SOBRE OCIO Y TIEMPO LIBRE

**Dirigidos a niñas y niños
de entre 6 y 12 años**

Raquel Miguez

Clara Redondo

Esperanza Fabregat

"El Rubencio"



CUENTOS PARA EDUCAR SOBRE OCIO Y TIEMPO LIBRE

**Dirigidos a niñas y niños
de entre 6 y 12 años**

Raquel Miguez
Clara Redondo
Esperanza Fabregat



Autores:

Raquel Míguez
Clara Redondo
Esperanza Fabregat

Ilustraciones:

Rubén Jiménez "El Rubencio"

Edita:

CEAPA
Puerta del Sol, 4 - 6º A
28013 MADRID

Primera edición:

Diciembre de 2012

Maquetación:

IO Sistemas de Comunicación

Imprime:

IO Sistemas de Comunicación
Enrique Granados, 24
28523 MADRID

JUNTA DIRECTIVA DE CEAPA:

Jesús M^º Sánchez Herrero, Jesús Salido Navarro, Nuria Buscató Cancho, Eusebio Dorta González, Juan Manuel Jiménez Lacalle, José Pascual Molinero Casinos, Elena González Fernández, Carmen Aguado Cabellos, Nieves Natalia García Pérez, Juan Antonio Vilches Vázquez, José Luis Lupiañez Salanova, Emilia Ruiz Acitores, Silvia Caravaca Mesalles, Mustafá Mohamed Mustafá, Ascensión Pinto Serrano, Lois Uxio Taboada Arribe, José Luis Pazos Jiménez, Andrés Pascual Garrido Alfonso, Virginia Pelluz Huertas, Petra Angeles Palacios Cuesta, Ana Moya Díaz.

ÍNDICE

Prólogo	7
Dónde está mi voz. Raquel Míguez	15
El escaparate. Clara Redondo	27
El campo no huele tan mal. Esperanza Fabregat	45

PRÓLOGO

El objetivo de esta publicación es aportar un instrumento a los padres y madres para hablar con sus hijos de entre 6 y 12 años sobre la importancia de tener un ocio de calidad y saber manejar el tiempo libre para tener una vida plenamente feliz.

Los niños y niñas aprenden a través del juego, la actividad lúdica es su manera de conocerse y conocer también la realidad que les rodea. Por eso, creemos que los cuentos son un vehículo eficaz para llegar a los niños y niñas con mensajes sencillos en un contexto de juego donde pueden interiorizar valores y actitudes que les ayudarán a gestionar y vivir sus vidas más plenamente.

Con frecuencia, la mayoría de las personas no somos conscientes de la relación que existe entre vivir la vida con satisfacción y el saber ocupar nuestro tiempo libre con actividades que nos llenen y nos hagan disfrutar.

También existe escasa reflexión sobre la relación entre tener un tiempo libre de calidad y el aprendizaje que supone gestionar y utilizar el tiempo libre adecuadamente. Aprendizaje que debe ser producirse en casa en los primeros años.

Así mismo, se le ha dado muy poca importancia a cómo los niños y niñas aprenden a través del ocio, fomentando la falsa creencia de que solo aprenden a través de la enseñanza académica.

Ahora sabemos que, en realidad, los niños y niñas aprenden muchas de las habilidades para la vida, que les serán útiles en

su vida personal y laboral, en las actividades que llevan a cabo en su tiempo de ocio.

Por ejemplo, sabemos que un niño o niña que participe en una actividad extraescolar como es el teatro aprende multitud de habilidades emocionales como la capacidad de escucha, de negociar, de aceptar la frustración, de saber hablar en público, de empatizar, etc. Todas ellas habilidades fundamentales tanto para la vida como para ejercer con calidad su futuro trabajo.

Éste mismo ejemplo lo podemos trasladar a muchas otras actividades realizadas en el tiempo libre. Por ejemplo, los deportes de equipo como el fútbol o el baloncesto son escenarios excelentes para aprender también actitudes y habilidades fundamentales como el trabajo en equipo, la disciplina, la confianza en el otro, la responsabilidad, etc.

Por otro lado, también es llamativo que el tipo de ocio que oferta el mercado a los niños y sus familias (el cine, los grandes centros comerciales, las videoconsolas, ...) es un ocio ligado al consumo de objetos que no promueve el crecimiento personal de las personas a través de la puesta en juego de sus habilidades, emociones, etc. En este sentido, también es necesario que los padres y madres reflexionemos sobre qué tipo de ocio estamos fomentando en los hijos e hijas. Por ejemplo, si les ofrecemos un ocio activo donde deban hacer ejercicio, donde deben jugar con amigos, donde deben participar activamente, o si por el contrario solo fomentamos un tipo de ocio pasivo (como la televisión o las videoconsolas) y solitario, donde no hacen ejercicio y no ponen en juego sus habilidades sociales.

En este sentido, creemos que es fundamental que los padres y madres, como educadores, seamos conscientes de la necesidad de que

los niños y niñas disfruten de un ocio de calidad y tomen conciencia de la importancia de cuidar su tiempo libre el resto de su vida.

En esta publicación mostramos tres cuentos donde diversos personajes infantiles viven situaciones en torno a temas clave sobre la educación para el ocio y el tiempo libre. Temas fundamentales como la relación entre ocio y diversión o entretenimiento que promociona el mercado, el sentido vital que aporta un ocio de calidad, la necesidad de aportar alternativas a los hijos e hijas para que puedan elegir qué ocio desean llevar a cabo, etc. El objetivo de cada cuento es aportar a los padres y las madres un instrumento sencillo y natural que les ayude a charlar con sus hijos sobre todos estos temas.

Con el objetivo de facilitar su comprensión, os proponemos una serie de preguntas genéricas que podéis formular a vuestros

hijos e hijas en cada cuento y que os pueden ayudar a dialogar sobre los valores y a reflexionar sobre sus contenidos;

- ≡ ¿Qué le ocurre al protagonista del cuento?
- ≡ ¿Qué consecuencias tienen las diferentes decisiones que van tomando los personajes del cuento?
- ≡ ¿Cómo resuelve el protagonista el conflicto que ocurre en el cuento?
- ≡ ¿Qué valores nuevos ha aprendido en el desenlace del mismo que están vinculados a la educación para el ocio y el tiempo libre?

En definitiva, a lo largo del cuento hallarás situaciones que te servirán de excusa para hablar sobre la importancia del ocio y para provocar que tu hijo/a reflexione sobre ésta realidad.

Estos cuentos han sido escritos por cuentistas de prestigio e ilustrados por una dibujante especializada en infancia. Esperamos que los disfrutéis y que os sirvan para que el uso del ocio y el tiempo libre tomen el papel protagonista que debería tener en vuestras casas.

¿DÓNDE ESTÁ MI VOZ?

RAOUEL MÍGUEZ



Una mañana, perdí la voz.

Como pasaba el tiempo y no aparecía, mis padres decidieron llevarme a un especialista en objetos perdidos.

El hombre nos recibió en su despacho, una habitación atiborrada de cosas. Tantas, que tuvimos que abrirnos paso apartando a manotazos timbres de bicicleta, muñecas de goma, libros de bolsillo, paraguas, sombreros, y todo lo que se pueda imaginar.

—Perdonen el desorden —se disculpó el señor Encuentro—, estamos en la jungla de los objetos perdidos. Aquí las cosas no hacen más que crecer, sin que yo pueda hacer nada por evitarlo. Escuchen, escuchen los sonidos de la jungla...

Papá, mamá y yo prestamos atención. Era cierto: en aquel cuarto no dejaban de escucharse los crujidos de las cosas.

El hombre apartó un libro de su silla y tres paraguas de la mesa, antes de sentarse.

—Acércate, jovencito —me pidió—. Sin miedo, las cosas no te harán nada si no las molestas.

Las cosas no me daban miedo, pero no quería pisarlas y el suelo estaba lleno de trastos. Cuando conseguí llegar hasta el señor Encuentro, me dijo que abriera la boca y me afinó las cuerdas vocales. Después de interpretar todas las notas, del do al sí, dijo:

—Hum, no sé... Las cuerdas ya están afinadas y, sin embargo, la voz sigue sin aparecer.

Entonces me hizo un montón de preguntas y yo tuve que anotar las respuestas en una pizarra.

—¿Cuánto tiempo hace que no hablas?, ¿un día?, ¿una semana?, ¿un mes? ¿Recuerdas lo último que dijiste? ¿Sentiste cómo se te escapaba la voz? ¿La viste marchar? ¿Se te perdió sin darte cuenta?

Le dije que hacía un mes que no hablaba, que lo último que dije fue «hasta luego», y que la voz se me perdió sin darme cuenta. A continuación preguntó a mis padres:

—¿Tiempo que dedica el niño a jugar en el parque? ¿Amigos que hablen por los codos?

Le dijeron que yo no juego casi nunca en el parque y que mi único amigo se cambió de colegio el año pasado.

El señor Encuentro escribió en su libreta las respuestas, y luego siguió escribiendo hasta que se le acabó la tinta del boli.

—Esto es lo que tienen que hacer —dijo, mientras arrancaba la hoja y se la entregaba a mis padres.

Se sacudió un oso de peluche del hombro, se levantó, rodeó la mesa y se sentó en el borde.

—Mi diagnóstico —dijo— es «pérdida por descuido». La receta para recuperar la voz, o para hacerse con una nueva, es hablar. El niño no habla porque no tiene nada que decir. Y no tiene nada que decir porque no le pasa nada interesante. Tiene que jugar con otros niños, así que le he recetado eso: amigos.

Papá se pasó la mano por la nuca y mamá apretó las asas de su bolso. El hombre continuó:

—El problema es que en objetos perdidos no tenemos amigos, no en este momento. Y como el niño ya lleva un tiempo sin voz, es aconsejable que se tomen medidas inmediatamente. Lleven a su hijo a los sitios en donde se dan las mejores cosechas de amigos: el patio del colegio, el equipo de fútbol, el parque...

Papá tartamudeó:

—Pero eso le hará perder tiempo. Por las tardes hace cálculo mental y lee el periódico, para saber si la bolsa sube o baja. Mi

hijo es tan inteligente... Sería una lástima que desperdiciase su talento jugando, con un futuro tan brillante...

El señor Encuentro me miró por encima de sus gafas y luego les miró a ellos:

—El futuro no es brillante, señores míos, el futuro es gris como el humo —dijo—. Vaya usted a saber dónde está el futuro. Y por el tiempo que pierda mientras juega, no se preocupe. Siempre se recupera.

Al día siguiente, mis padres fueron a hablar con mi profesora. Le contaron lo que les había dicho el señor Encuentro sobre mi problema y su tratamiento.

—Ajá —exclamó ella—. Llegan en el momento justo para empezar una cura: vamos a montar un grupo de teatro. Tendrá que ensayar los jueves por la tarde.

Papá se pasó otra vez la mano por la nuca y mamá retorció las asas de su bolso.

—Como de momento no habla —continuó la profe—, que haga de nube. Pasado mañana es jueves. Que se presente en el ensayo a las seis en punto.

Volví a casa pensando que no quería hacer nada en la obra de teatro. Y menos que nada, hacer de nube. Prefería mil veces estar solo en mi cuarto haciendo sudokus. O ir a refuerzo en cálculo mental.

El jueves siguiente llegué tarde al ensayo. Pensé que nadie echaría de menos a una nube y me entretuve observando a una lagartija, pero...

—No te vuelvas a retrasar —se quejó Olga, la directora—. Hasta que no pasas tú, no llueve. Y hasta que no llueve, no salen Lucía y Mónica, que hacen de margaritas. Y luego pasas otra vez, y salen Víctor y Dani, que hacen de abejas.

Me temblaron las piernas todo el rato, de los nervios, cada vez que me tocó atravesar el escenario. Al terminar el ensayo estaba tan cansado como si hubiera corrido una hora sin parar, pero todavía no me pude ir a casa: tuvimos que recortar mi disfraz de nube y ayudé a dibujar las alas de las abejas.

Cada jueves, después de ensayar, siempre había cosas que hacer: pegar unas asas de tela a la nube; coser un botón en el traje de las margaritas; dibujar las rayas de las abejas...

Yo seguía sin voz, pero me gustaban los jueves por la tarde: ensayar era cada día más divertido y, sin querer, me había aprendido casi toda la obra de memoria.

Pasó el segundo trimestre, llegó el tercero y después, el fin de curso.

El día de la representación subí al escenario y me coloqué en mi sitio. Los espectadores se callaron cuando se abrió el telón, y Olga empezó a leer:



—Era un tiempo sin nubes, ni flores, ni abejas... Los hombres habían destruido la tierra...

Yo era el único que estaba en el escenario. Las margaritas, escondidas detrás de las cortinas, esperaron a que yo lo atravesara para aparecer.

—Una nube, una sola nube —continuó Olga—, cargada de agua, cruzó el cielo dos veces...

Lucía y Mónica, con los brazos hacia el techo, hacían como si las moviese el viento... Mónica estaba al fondo del escenario y Lucía, cerca de mí.

Pasó un minuto y luego otro y Lucía no decía su frase. Estaba tan colorada que parecía un tomate, en vez de una margarita.

Busqué a Olga con la mirada, pero estaba en el otro extremo. Demasiado lejos para ayudar a Lucía. El único que estaba lo suficientemente cerca era yo.

Me sabía su frase, me había aprendido de memoria todas las frases de mis amigos. Respiré profundo, tragué saliva y la miré: —Oh, nube gris —le soplé—, gracias por la lluvia.

Lucía me miró. Ahora ya no estaba roja, sino blanca como si se fuese a desmayar, pero repitió su frase. A partir de ese momento, todo fue sobre ruedas.

Nos aplaudieron muchísimo. Hicimos varias reverencias y luego, mis amigos me abrazaron por turnos. Papá y mamá aparecieron entre las cortinas, emocionados. Querían escucharme hablar. Yo quise asegurarme de que mi voz seguía en su sitio:

—Hola, hola: un, dos, tres... Probando... —repetí varias veces—. Probando, probando, uno, uno-dos...

Y después pronuncié todas las palabras que recordaba. Y conversé con todas las personas que me encontré. Y les expliqué

a mis amigos dónde vivo, para que vengan a mi cumpleaños. Y me pedí ser portero en el próximo partido de fútbol del recreo. Y mis padres se compraron tapones para los oídos, porque hablé dos días y quince horas sin parar.

EL ESCAPARATE

CLARA REDONDO



De los sesenta y cinco escaparates que había en el centro comercial, aquel al que Azul tenía la nariz pegada era su favorito. Tres maniqués blanquísimas y calvas parecían mirarla con descaro. No era la primera vez que se quedaba así delante de ellas. Azul hacía lo mismo todos los sábados del año. Hiciera frío o calor. Tronara o se cubriera el barrio de nieve. Porque ir al centro comercial era la afición preferida de toda la familia (ella, su madre y su padre). Deseaban que llegara el sábado para recorrer todas esas tiendas maravillosas que estaban colocadas en fila india a lo largo del majestuoso pasillo del centro comercial. Por orden, entraban y salían de cada tienda, se probaban la ropa, los zapatos, todo, en busca de la mejor oferta. Aunque cada uno tenía su tienda favorita. La madre se paraba más rato en la papelería: le chiflaban las libretas de todos los tamaños, los diarios, los rotuladores de colores. Al padre sin embargo le gustaba la del menaje del hogar: qué peladores de patatas, qué sartenes variadas, qué cacerolas para guisar ricos platos... Hacían un recorrido que duraba exactamente dos horas y tres cuartos, y después pasaban a reponer fuerzas a la hamburguesería Rocky II. Allí discutían si una hamburguesa de

un piso o de dos, con queso o sin lechuga, y siempre se decidían por la de dos pisos sin lechuga y con queso. Finalmente se iban para casa, satisfechos de no haberse dejado ni una sola tienda sin revisar.

Pero aquel día la rutina se rompió. La culpa la tuvo Cleopatra, el maniquí de la derecha, que iba disfrazada de mujer esquimal: bufanda, jersey de lana, abrigo de piel y un gorro rojo que no disimulaba su calva. Además, unos pantalones dejaban ver lo flaquísima que estaba. A Azul le gustaba Cleopatra, como le llamaba ella, porque se parecía a esa reina egipcia que se enamoró de un romano hacía muchos años. No sabía por qué, pero siempre se la quedaba mirando detrás del cristal, como si de un momento a otro le fuera a decir algo. En realidad, eso fue lo que ocurrió aquella tarde. Mientras sus padres se perdían entre la gente, Azul vio de pronto cómo Cleopatra le hacía señas con un dedo como diciéndole ven, ven, entra. Menudo susto se pegó la pobre Azul, que empezó a temblar como un muelle y se tuvo que dar un par de golpecitos en la cabeza para ver si estaba soñando. Pero no, no era un sueño. «¡Estaré

chiflada?», se preguntó. No le dio tiempo a nada más, pues el maniquí volvió a hacer de nuevo el mismo gesto con el dedo. Parecía impaciente de verdad. Sin pensarlo mucho y sin que nadie la viera, entró en la tienda y se coló en el escaparate. «¡Guaaaau!», dijo cuando vio el ir y venir de la gente al otro lado del escaparate. «¡Guau!», repitió cuando Cleopatra empezó a hablar.

—¡Por fin has entrado, niña!

Oír hablar a un maniquí impresiona, sobre todo si está calva como una pelota; y si no, que se lo digan a Azul, que se quedó helada, como si se hubiera colado en un frigorífico. Después de unos segundos, entró en calor.

—¡Puedes hablar!

—Pues claro que puedo, pero no lo hago nunca. ¿Con quién lo iba a hacer si estos dos pasmarotes nunca han dicho ni una palabra? Todo el día embobadas mirando a la gente pasar.

Menudo tostón. Niña, dejémonos de tonterías y vayamos al grano. Necesito que me saques de aquí.

—¿Que te saque de dónde?

—De dónde va a ser, de aquí, de este maldito escaparate. Me aburro. Me aburro. Me aburro. Me aburro... —Parecía un disco rallado.

—Vale, vale, para. Ya me he enterado. Pero ¿cómo es que te aburres aquí con tanta gente?

Azul se volvió hacia el cristal y se quedó embelesada otra vez con todas las personas que pasaban de largo ahí afuera. Hasta le sacó la lengua a un niño que la miraba. Pero Cleopatra la interrumpió.

—Mira, niña, no lo voy a decir más. Me aburro y punto. Lo que no entiendo es por qué vienes tú aquí todas las semanas. ¿Es que no se te ha ocurrido irte al cine, a jugar un

partido de baloncesto con las amigas, a tomar un chocolate con churros, a patinar sobre hielo, a escalar rocas en la montaña, a...?

—¡Silencio! —Azul se había cansado de oírla refunfuñar—. Mis padres y yo venimos aquí porque nos gusta y porque... ¿Has dicho escalar una montaña? Nunca se me había ocurrido.

—Tienes la cabeza hueca, niña. Si me sacas de aquí, te daré un montón de ideas. Venga, no perdamos tiempo.

—¿Cómo voy a sacarte de aquí? Eres demasiado grande. Y mis padres me estarán buscando. Me tengo que ir. Lo siento. Me tengo que ir.

Azul se había puesto nerviosa. No estaba acostumbrada a emociones fuertes como esta. Sin que nadie la viera, salió de allí y localizó a sus padres delante de una tienda. Estaban preocupadísimos, sí. Pero por el precio de unas botas que lucían en el escaparate de «¡los zapatos más baratos del universo!», según



anunciaba su publicidad. Y Azul se arrimó a ellos como si no hubiera ocurrido nada de nada.

Cuando terminaron de cenar sus hamburguesas de dos pisos sin lechuga y con queso, se fueron hacia el coche. Los padres parecían satisfechos, pero Azul estaba como en otro planeta.

—¿Qué te pasa, hija, que estás muy pensativa?

—Nada, mamá, me estaba imaginando escalando una montaña...

—Qué cosas tienes. Anda, métete en el coche —le dijo su padre.

Ya en la cama, Azul no hacía más que pensar en Cleopatra. ¿Cómo se las iba a arreglar para sacarla de allí? Ella medía un metro treinta, y Cleopatra casi dos metros, era una gigante comparada con una niña como ella. La cosa pintaba difícil, pero Azul no se iba a echar atrás y empezó a maquinarse un plan. Esa misma noche, mientras miraba al techo porque no podía dormir, de repente se acordó de algo. De un salto se levantó y empezó

a rebuscar nerviosa en el cajón de los trastos, donde guardaba los juguetes que nunca utilizaba. Allí estaban: las tres muñecas. A Azul no le gustaba jugar con muñecas, pero la tía Moli se había empeñado en que le gustara, y por su cumpleaños le regalaba siempre una de esas patilargas y delgaduchas con vestidos que a Azul le parecían supercursis. Sentada en la alfombra, empezó a tocarlas y a retocarlas; les daba la vuelta, les subía las piernas hasta dar con ellas en la frente o en la nuca, les descoyuntaba la cabeza, les hacía un burruño, les ponía en posturitas imposibles... Hasta que un «crack» le dio la idea.

A la mañana siguiente, Azul empezó a contar los días que faltaban para que llegara el sábado. Seis. Cinco. Cuatro. Tres y medio. Tres. Dos. Uno. Por fin llegó el sábado. Día del centro comercial. Aquella tarde, Azul tenía en el estómago una sensación nueva: un baile de bichos que parecían contentos. Esto le hacía mucha gracia, le encantaba, le activaba la circulación y también los pelillos de los brazos. La familia al completo llegó con puntualidad al centro comercial. Los padres tenían una

misión: recorrer las tiendas durante dos horas y tres cuartos buscando las mejores ofertas. Azul tenía otra misión: rescatar a Cleopatra. Camufladas en su mochila, llevaba todas las herramientas necesarias, o sea, un palo y unos guantes para no dejar huellas. No fue difícil escabullirse de sus padres, pues enseguida se entusiasmaron al ver que habían empezado las rebajas. En el instante en que entraron en la primera tienda, Azul se dio media vuelta y salió corriendo hacia la tienda de Cleopatra.

Cuando Azul se asomó al escaparate, el cristal tembló como si hubiera habido un miniterremoto. Estaba claro que al maniquí le había dado un ataque de alegría al ver a la niña, aunque lo disimuló refunfuñando. Después de los saludos y la regañina, Azul empezó a trabajar. Crunch, clonk, clonk, ññrrrc, plof, mmmñ, ay. «Ya está. A la mochila, Cleopatra».

—¿Cómo que Cleopatra, niña? —se oyó una voz lejana allá adentro.

—Ya te lo explicaré. Ahora tenemos que salir de aquí.

Lo que entró siendo una mochila vacía se convirtió en una mochila cargada con dos brazos, dos piernas, una cabeza y un tronco. Así, a mogollón. Iba llenita, sí, y vale, pesaba mucho, pero Azul era fuerte y disimulaba muy bien, así que nadie se dio cuenta de que en el centro comercial se había cometido un robo. Un robo pequeño. Un robito. Un robo por necesidad.

Azul no pudo convencer a sus padres de que por una vez en la vida no cenaran hamburguesa. Aquello era sagrado. Y es que tenía tantas ganas de irse de allí... Cuando llegaron a casa apenas dijo buenas noches y se encerró en su cuarto. Estaba deseando recomponer a Cleopatra. Después de varios crunch, clonk, clonk, ññrrrc, plof, mmmmñ, ay, el maniquí volvió a ser lo que era. O casi.

—¿Quieres hacer el favor de colocarme bien la cabeza, niña?
¿Y qué es eso de Cleopatra?

—Vale, no te enfades. Y si quieres, mejor te llamo Cleo.

—Me da igual, llámame como te plazca. Ya por fin he salido de aquella pecera insípida. Cualquier cosa que hagamos será más divertida.

—Se dan las gracias por lo menos, ¿no? Me he jugado el pellejo por ti.

—Dejémonos de tonterías y vayamos al grano. A ver, qué plan tenemos para mañana.

—Mañana es domingo, y mi familia y yo no hacemos planes los domingos. Vemos la tele y comemos palomitas.

Cleopatra se quedó muda de repente y con la mirada perdida en un punto infinito a través del cristal de la ventana. Mejor dicho, infinito no. Allá a lo lejos se veía una pelota roja que se escondía entre unas montañas.

—¿Qué te pasa, Cleopatra? ¿Te has muerto? Dime algo.

Azul empezó a zarandearla con tanta energía que se quedó con un brazo en la mano.

—¡Niña, niña, pero qué haces! —Cleopatra había vuelto a la vida—. No digas tonterías. Estoy más viva que nunca. Y esto es lo que vamos a hacer mañana.

Y se le acercó al oído para hablarle bien bajito. Azul no comprendió muy bien en ese momento lo que significaban las palabras de Cleopatra, pero más tarde se daría cuenta de la suerte que había tenido encontrándose con ella.

A la mañana siguiente, Azul se levantó más temprano que de costumbre y con ganas de agradar.

—Pero, hija, vaya novedad. ¿Qué mosca te ha picado? —le dijo su padre cuando vio en la mesa de la cocina un succulento desayuno listo para comer.



En ese momento apareció la madre.

—Santo cielo, ¿qué es esto? ¿Estás bien, querida hija? ¿No te habrás puesto enferma de repente? ¿Tienes fiebre? Ay, madre mía, algo le ha pasado a nuestra hija.

—Mamá, papá, quiero pedirlos algo. Quiero que nos vayamos a pasar el día a aquellas montañas que se ven desde mi ventana. —Silencio—. Ya sé que no lo hacemos nunca. Sé que nunca vamos al campo los domingos. Que no os gusta el campo. Sé que vais a decir que no. Que los domingos los pasamos siempre en casa. Que no os gusta romper las costumbres. Que estáis muy cansados de ayer...

—Espera, espera, no vayas tan rápido —la paró en seco su madre—. ¿Es que acaso no te gusta pasar los domingos con tu familia? Nosotros pensábamos que era precisamente eso lo que más te gustaba. ¿No es así, querido?

—Así es, querida.

—Bueno, sí, pero no, no sé... Es que tengo algo más que contaros. —Azul no sabía cómo decir lo que quería decir, pero al final lo dijo—. Os quiero presentar a alguien.

Salió corriendo y volvió cargada con Cleopatra. Mamá y papá miran a Cleopatra. Mamá mira a papá, papá mira a mamá, los dos miran de nuevo a Cleopatra, Cleopatra no se atreve a decir nada (claro, cómo iba a decir algo), Azul los mira a los tres. Menuda impresión.

Azul les cuenta —muy seria— que Cleopatra le ha pedido que la lleve a la montaña, que es la ilusión de su vida.

—No puedo defraudarla.

Papá mira otra vez a mamá, que se ha quedado blanca. Mamá mira de arriba abajo a Cleopatra (que está quietecita, claro) pero no pregunta nada. Azul espera una respuesta.

—Muy bien, hija, como tú quieras. Pero tranquila, no te pongas nerviosa, que todo va a salir bien —dice la madre, a quien le tiembla la voz, y le susurra al padre al oído—. Ay, dios mío, qué le ha pasado a nuestra hija. Venga, vístete, que nos vamos.

Cuando llegaron a aquella montaña que se veía desde la ventana de Azul, todo sucedió como era normal que sucediera. Azul se dedicó a saltar por todos los riscos que había a su alrededor, a localizar los sapos del estanque, a cruzar el río una vez y otra vez sin caerse y cayéndose, a revolcarse por la ladera verde e inclinada. También se escondió detrás de un árbol porque le entraron ganas de hacer pis. Y jugó con un grupo de niños al escondite entre los árboles. Y comió un bocadillo de salchichón. Mientras, sus padres miraban sorprendidos cómo disfrutaba, y se alternaban para llevar a Cleopatra, que pesaba mucho menos de lo que se suponía que pesaban sus casi dos metros de altura. Parecía que flotaba en el aire.

—Querido, no imaginaba que esto de venir al campo le gustara tanto a nuestra hija.

—Yo tampoco.

—¿Tú crees que debemos traerla aquí de vez en cuando? Parece que le sienta bien.

—¡Mamá, papá! —gritó Azul desde lo alto de una roca—. ¡¡Podemos venir el próximo domingo?! ¡Por favor, por favor!

Mamá mira a papá y papá mira a mamá. Cleopatra, en medio. No tienen nada más que decirse.

Y la historia termina así: Azul no hizo caso a Cleopatra en todo el día. A Cleopatra le gustó el campo, pero echó de menos su hogar. Lo echó de menos, sí, aunque para vivir prefirió la casa de Azul, porque se estaba calentito, porque los domingos se iban los cuatro al campo, y porque de vez en cuando —de-vez-en-cuando—, Azul la metía en su mochila y la llevaba a ver a sus dos compañeras, que allí seguían, como dos pasmarotes, mirando a la gente pasar encerradas en aquella pecera.

EL CAMPO NO HUELE TAN MAL

ESPERANZA FABREGAT



A mí antes no me gustaban ni el campo ni las chicas, porque huelen raro. Pero ahora ya no me importa.

Y todo porque Juani, que es nuestra profe de extraescolares, dijo que teníamos que pasar un día al aire libre, como si el aire de aquí estuviera en una cárcel o algo parecido, y a mí me entró el tembleque. El campo huele a caca de vaca y me dan ganas de vomitar solo con pensarlo. La última vez que vomité en una excursión todos se rieron de mí y me costó meses que dejaran de llamarme el potas. Como Juani lo sabe, me guarda sitio en los primeros asientos del autobús, con los más pardi- llos, para darme la bolsita de papel en cuanto me empiezo a poner blanco.

Así que subí al autobús y me tuve que sentar con Juanma, que también vomita siempre porque su madre le hace unos desayu- nos que no me extraña nada. Yo me fui tapando la nariz todo el rato y mirando por el rabillo del ojo a los que iban sentados detrás, que no hacían más que reírse.

El viaje se me hizo muy largo, larguísimo, y encima no tenía la consola, que es con lo que yo me entretengo en los coches, porque Juani dijo que era «día sin maquinitas». Debe de pensar que son el enemigo y, cada vez que salimos todo el grupo, nos las prohíbe. Los del fondo iban cantando canciones de esas de autobús, pero se les acabaron y tuvieron que repetir, de tan lejos como fuimos. Al llegar, yo me bajé con la bolsita de papel y busqué corriendo dónde tirarla sin que me vieran, pero no fue fácil, porque en el campo no hay papeleras. Aunque este no era un campo-campo, que había edificios a lo lejos. Por eso tuvimos que andar un montón hasta llegar a una explanada rodeada de árboles donde no había casas, ni papeleras, ni ruido de coches. No había nada más que árboles, piedras y ese olor raro como de tienda de jabones que se te mete por la nariz y ya no se va en todo el día.

Nos sentamos a comernos los bocadillos, porque el campo siempre da hambre, y a mí se me empezó a quedar la boca seca y el pan se me pegaba en la garganta. Busqué en la mochila que me había preparado yo, porque Juani se empeña también en

que preparemos lo que necesitamos nosotros solos, como si no tuviéramos padres, pero no encontré ninguna botella de agua. Si mamá hubiera hecho la mochila, eso no habría pasado, así que me fui, bastante enfadado, hasta la profe:

–Que no tengo agua en la mochila –le dije.

–¿Se te ha olvidado?

Jolines con Juani.

–No sé, que no está. –Puse cara de gatito pidiendo leche, que con mamá siempre funciona.

–Pues tendrás que acercarte hasta el río a buscarla.

Estiré más los labios hacia abajo y pestañeeé un par de veces. Pero nada.

Resulta que Juanma y Candela también se habían olvidado de sus botellas de agua, así que nos juntamos los tres para ir al



río. Tuvimos que andar durante dos canciones y para cuando vimos el agua a lo lejos yo estaba a punto de meterle a Juanma un calcetín en la boca a ver si se callaba, porque vaya voz de pito que tiene. Eso de andar y cantar a la vez nos los enseñó Juani el año pasado, camino del zoo, porque dice que así se pasa el tiempo más rápido. Pues cuando llevábamos dos canciones, vimos el río y echamos a correr. Juanma dijo que iba a cazar una rana, pero se escurrió en una piedra de la orilla y casi se cae al suelo. Llegamos hasta él cuando se nos pasó la risa y entonces nos dimos cuenta de lo peor: no teníamos botellas ni cantimploras ni nada.

Juanma dijo que teníamos que volver y Candela que mejor volvía uno solo, así que lo votamos. Yo tendría que haber votado con mi amigo, pero es que Candela puso esa cara que yo no supe ponerle a Juani, que a ella sí que le funcionó, y dije que sí, que mejor volvía uno solo. Lo echamos a suertes y al final le tocó a Juanma.

Como teníamos que hacer tiempo, nos pusimos a mirar al agua para ver si encontrábamos una rana. Yo pensaba que a las

chicas les daban asco los bichos, pero cuando vimos algo que saltaba unos pasos más allá de la orilla, Candela se quitó las deportivas y los calcetines, se remangó los pantalones y metió la mano hasta el codo en el río sin asustarse ni dar grititos. En seguida sacó una rana pequeña y me la ofreció con la palma extendida. A mí sí me dio un poco de asco, la verdad, pero no quería decírselo por no parecer un cobardica. Respiré hondo antes de tocarla y me pareció que el aire olía como el armario de las toallas de la abuela. Igual no todo el campo olía a caca de vaca y a tienda de jabones.

Candela dijo que si quería me enseñaba a cazar ranas y se acercó para explicarme cómo tenía que agacharme sin hacer ruido. Se puso delante de mí y me quedé mirando un mechón pequeño que se le escapaba de la coleta justo en medio del cuello. Se me pasó la sed, se me pasó el asco y me puse tan nervioso que me metí al agua con zapatillas y todo, pero ella hizo como si no lo hubiera visto y no me regañó ni me dijo que era un torpe.



Al verme así, con agua hasta los tobillos y las deportivas empapadas, me dio tanta risa que me caí de culo en el agua y con todo el jaleo no quedó un bicho que cazar en mil kilómetros a la redonda. Ella también se reía, pero no eran risas como cuando lo del potas. Era como si le hubiera contado un chiste muy gracioso.

Juanma llegó con dos cantimploras que le había prestado Juani y nos dijo que éramos tontos y que teníamos que darnos prisa porque todos nos estaban esperando. Yo creo que estaba enfadado por haber tenido que darse el paseo, pero le había tocado a suertes. Como yo ya estaba mojado, me encargue de hundir las cantimploras en el agua sin soltarlas hasta que dejaron de salir burbujitas, que quiere decir que están llenas, y a Juanma se le pasó el enfado cuando le contamos lo de la rana. El camino de vuelta lo hicimos cantando, pero esta vez Juanma desafinó menos, casi nada. Juani me obligó a ponerme la ropa de repuesto cuando me vio todo mojado y, como les contamos lo de la rana, todos quisieron ir hasta el río. Esa vez no me acerqué al agua porque ya no tenía más ropa y porque Candela se

quedó conmigo explicándome que no hay que tocar algunas plantas porque luego te pica la mano y te llenas de ronchas. Ella sabe mucho del campo porque va al pueblo de sus abuelos en vacaciones.

Antes de que se hiciera de noche volvimos al autobús. Pasé por delante de Juani, pero no me senté con ella porque sabía que no iba a vomitar, aunque me había comido el segundo bocadillo. Y me llené mucho la nariz de aire antes de subir para que no se me olvidara el olor del campo. El viaje de vuelta se me hizo muy corto, cortísimo. Y luego, con Candela en el asiento de al lado, me parecía que seguía oliendo al armario de toallas de la abuela.

CUENTOS PARA EDUCAR SOBRE OCIO Y TIEMPO LIBRE

Cuentos para educar sobre el ocio y el tiempo libre es una herramienta para que padres y madres hablen y reflexionen con sus hijos e hijas de 6 a 12 años sobre valores relacionados con el ocio y el tiempo libre, abordando temas tales como el consumismo, la amistad, el valor de la naturaleza, la importancia del deporte, etc.

A través de la lectura compartida de los cuentos y de los sucesos que viven sus personajes, los niños y niñas podrán aprender jugando la importancia que tiene el uso del ocio y del tiempo libre como herramienta para tener una vida más plena y humana.

Financiado por:



CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE ASOCIACIONES DE PADRES Y MADRES DE ALUMNOS
Puerta del Sol, 4 | 6º A | 28013 MADRID | Teléfono 91 701 47 10 | Fax 91 521 73 92
Email: ceapa@ceapa.es | www.ceapa.es